

PRÓLOGO

DEBO ADMITIR QUE MIS MANOS ESTABAN SUDOROSAS y mi estómago rugía. Había estado esperando pacientemente en la fila, pero eso no significaba que no estuviera nervioso. Pronto sería mi turno de estrechar la mano del hombre que había salvado mi vida varias veces... pero eso había ocurrido años atrás. Ahora me preguntaba si me reconocería siquiera.

Más temprano aquel día de otoño de 1965, camino al aeropuerto de Los Ángeles, me dije que tal vez el hombre con quien iba a reunirme no me recordaría. Habían pasado dos décadas desde la última vez que nos habíamos visto, y aquel encuentro había ocurrido en otro continente y bajo circunstancias completamente distintas. Yo era entonces un joven esquelético y hambriento de quince años, del tamaño de un niño de diez. Ahora era un hombre adulto de treinta y cinco. Estaba casado, era ciudadano de los Estados

Unidos, veterano de guerra y profesor. A medida que los demás se acercaban a saludar a nuestro agasajado, me mantuve apartado, en el fondo del salón. Después de todo, yo era el más joven de nuestro grupo, y era justo ceder mi lugar a aquellos que eran mayores. Honestamente, prefería postergar lo más posible mi desilusión en caso de que el hombre a quien tanto debía no me recordara.

Pero en vez de desilusión sentí euforia, la calidez de su sonrisa y sus palabras:

—¡Ya sé quién eres! —dijo con un destello en sus ojos—. Eres el pequeño Leyson.

Debí saber que Oskar Schindler nunca me decepcionaría.

Aquel día de nuestra reunión, el mundo aún no conocía a Oskar Schindler ni sabía de su heroísmo durante la Segunda Guerra Mundial. Pero los que estábamos en aquel aeropuerto sí sabíamos. Todos nosotros, y alrededor de otras mil personas, le debíamos nuestras vidas. Sobrevivimos al Holocausto gracias a los enormes riesgos que Schindler corrió y a los sobornos y acuerdos clandestinos que negoció para mantenernos a nosotros, sus empleados judíos, lejos de las cámaras de gas de Auschwitz. Él recurrió a su mente, su corazón, su increíble astucia y su fortuna para salvar nuestras vidas. Burló a los nazis argumentando que éramos esenciales para el trabajo, aun cuando sabía que muchos de nosotros, incluido yo mismo, no teníamos ni siquiera las habilidades mínimas necesarias. De hecho, solo podía alcanzar los

controles de la máquina que debía manejar parándome sobre una caja de madera. Aquella caja me había dado la posibilidad de mostrarme útil, de mantenerme con vida.

Soy un sobreviviente improbable del Holocausto. Tenía todo en mi contra y casi nada a mi favor. Solo era un chico, no tenía contactos ni habilidades. Pero sí tenía una ventaja que superaba todo lo demás: Oskar Schindler pensaba que mi vida tenía valor. Creía que valía la pena salvarme, aun cuando darme esa oportunidad pusiera su propia vida en peligro. Ahora es mi turno de hacer algo por él: contarte acerca del Oskar Schindler que yo conocí. Espero que él se vuelva parte de tu memoria, así como yo fui parte de la suya.

Esta es también la historia de mi vida, y de cómo se interrelacionó con la de Schindler. En este relato te presentaré, además, a mi familia. Ellos también pusieron sus vidas en peligro para salvarme. Aun en los peores momentos, me hicieron sentir amado y valioso. A mis ojos, ellos también son héroes.